

burgo. Detenido en medio de sus victorias por una insurrección de los oficiales y encerrado en su tienda por los guardias, logró no obstante escaparse de sus manos, y corrió á socorrer otro punto de su reino invadido por los daneses. Vencedor de estos encarnizados enemigos de Suecia, el reconocimiento de la nación le habia devuelto su ejército, arrepentido ya de lo que habia hecho, y la única venganza que de él tomó fué conducirlo de nuevo á la victoria.

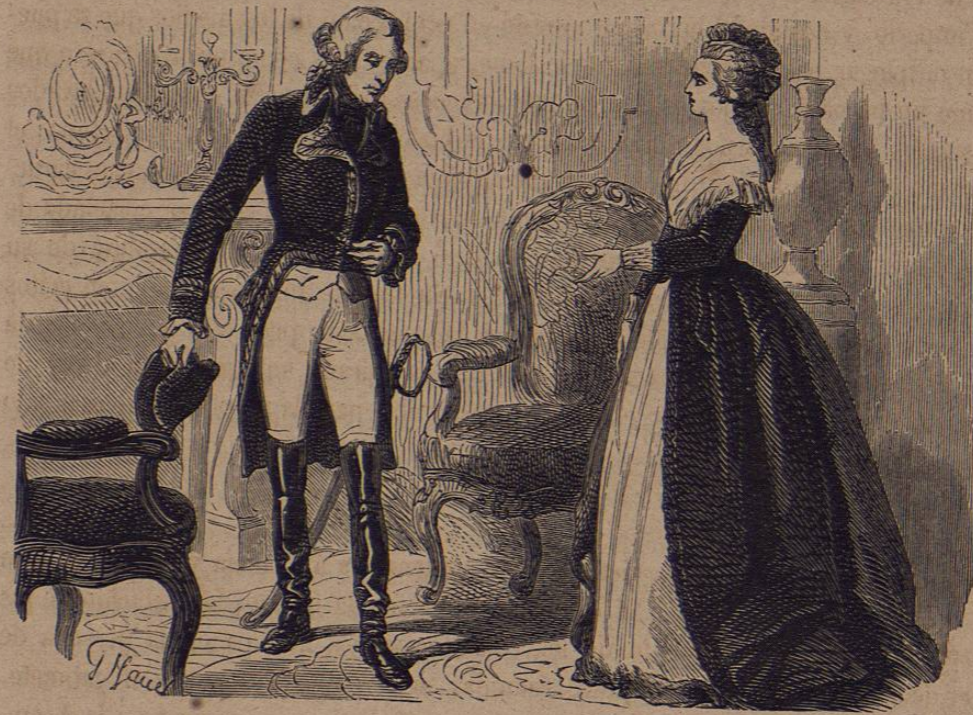
Gustavo habia salvado su reino en el exterior, y en el interior lo habia pacificado. Desinteresado bajo todos los aspectos y sin más ambición que la de adquirir gloria, su sueño dorado era vengar la causa abandonada de Luis XVI, y arrancar de manos de sus enemigos á una reina á quien adoraba desde lejos. Hasta este sueño era digno de un héroe. Sólo cometió una falta. Su genio fué más vasto que su imperio, y cuando el heroísmo no está en proporción de los medios que se pueden desplegar para probarle el que lo tiene, aparece más como un aventurero que como un héroe á los ojos de sus contemporáneos; razón por la cual sus elevados designios son tenidos por quimeras. Pero la historia no juzga como la fortuna; el corazón es el que hace al héroe más que el buen éxito de sus empresas; este carácter romántico y aventurero del genio de Gustavo, aunque no se viese coronado de una gloria que tanto ansiaba, no por eso dejó de manifestar la grandeza de su alma á pesar de la pequeñez de sus medios. Su muerte hizo prorumpir en gritos de alegría á los jacobinos, que dedicaron á Ankarstroem; pero esta misma alegría dió á conocer que el desprecio con que habian mirado anteriormente al rey de Suecia, diciendo que era un enemigo poco temible para la revolución, habia sido más aparente que verdadero.

## IV

Removidos estos dos obstáculos, nada contenia ya á Francia y á Europa, sino el débil gabinete de Luis XVI. La impaciencia de la nación, la ambición de los girondinos y el resentimiento de los constitucionales, heridos en la persona de Mr. de Narbona, todas estas cosas reunidas sirvieron para derribar el gabinete. Brissot, Vergniaud, Guadet, Condorcet, Gensonné, Petion, sus amigos en la Asamblea, el conciliábulo de madama Roland y sus santones en los Jacobinos, fluctuaban entre dos partidos iguales para ellos, á saber: derrocar el poder ó subir á él. Brissot les aconsejó que se decidiesen por lo último. Más versado en la política que los oradores jóvenes de la Gironda, no podía comprender este hombre una rebelión sin gobierno. La anarquía, á su modo de ver, era tan contraria á la libertad como la monarquía. Cuanto más grandes fuesen los sucesos, tanto más necesario les era apoderarse de su dirección. El poder desarmado se hallaba á su alcance y era preciso cogerle: una vez que lo tuviesen en sus manos, harían de él una monarquía ó una república, según se lo aconsejasen la fortuna ó la voluntad del pueblo. Dispuestos á hacer todo aquello que pudiese conducir á que ellos reinasen en nombre del rey ó del pueblo, estos hombres que acababan de salir de la oscuridad, seducidos por la facilidad con que habian hecho su fortuna, seguían el carro de esta inconstante diosa y se entregaban enteramente en sus brazos. Los hombres que se elevan con facilidad, fácilmente también se desvanecen, confiados en que la suerte no puede ya volver á serles adversa.

Sin embargo, descubrióse desde luego una profunda política en el consejo se-

creto de los girondinos, al ver los nombres que habian presentado al rey para que eligiese entre ellos el nuevo ministerio. Brissot manifestó en esto la paciencia de una ambición consumada. Inspiró esta misma prudencia á Vergniaud, á Petion, á Guadet, á Gensonné y á todos los hombres eminentes de su partido, con los cuales se mantuvo en la penumbra, si bien inmediato al poder. Fuera del ministerio, sondeó la opinión pública valiéndose de unos agentes secundarios, á los cuales podia desmentir y aún sacrificar en caso necesario, quedándose él de reserva unido á las principales cabezas del partido, ya para apoyar, ya para derribar aquel débil ministerio de transición, si el pueblo adoptaba medidas más enérgicas y decisivas. Brissot y los suyos estaban decididos á dirigirlo todo, y aún á ser los que mandasen



Entrevista de Dumouriez y de la reina.—Pág. 331.

en realidad; de suerte que eran una especie de déspotas sobre los cuales no podia recaer ninguna responsabilidad. Reconociase en esta táctica de los girondinos la verdadera escuela de Maquiavelo. Además, absteniéndose de ser miembros del primer gabinete, les quedaba toda su popularidad, y conservaban á la Asamblea y á los Jacobinos aquellos poderosos votos que hubiesen sido nulos para el partido á ocupar ellos las sillas ministeriales. Esta popularidad les era absolutamente necesaria para luchar contra Robespierre, que les seguía los pasos, y que se hubiese encontrado al frente y único jefe de la opinión si ellos hubiesen abandonado el fuerte. Tomando parte en los negocios, afectaban hácia aquel rival un desprecio que no tenían en realidad, porque él solo contrarestaba la influencia que tenían todos juntos en los Jacobinos. Las vociferaciones de Billaud-Varennes, de Danton, de Collot-d'Herbois, no les alarmaron; el silencio de Robespierre les causaba la mayor inquietud. Ellos le habian vencido en la cuestión de la guerra, pero la oposición estoica de aquel hombre singular no le habia desacreditado con el pueblo, á pesar de estar la nación tan entusiasmada por la guerra. Este hombre adquiría ma-



yor fuerza en el mismo hecho de haberse aislado, y la inspiracion de una conciencia solitaria é incorruptible tenia más fuerza que el impulso de todo un partido. Los que no aprobaban su modo de pensar no dejaban por eso de admirarle, y él se habia apartado á un lado para dejar pasar la guerra. Sin embargo, la opinion tenia siempre fija la vista en él, como si un instinto secreto revelase al pueblo que sólo en aquel hombre habia todo un porvenir. Cuando él andaba todos le seguian, y cuando se paraba le aguardaban; de suerte que los girondinos estaban condenados por prudencia á desconfiar de aquel hombre y á permanecer en la Asamblea entre su ministerio y él.

Tomadas estas precauciones, buscaron en derredor de sí á ciertos hombres nulos por sí mismos, pero pertenecientes á su partido y que podian servirles para ministros, porque necesitaban instrumentos y no hombres capaces de dominarlos. Lo que ellos querian, en fin, era hallar unos sujetos unidos á su fortuna á quienes pudiesen volver, segun les acomodase, contra el rey ó contra los jacobinos, y á quienes pudiesen engrandecer sin temor ó precipitar sin remordimientos. Buscáronlos, pues, en la oscuridad, y creyeron haberlos hallado en las personas de Claviere, Roland, Dumouriez, Lacoste y Duranton. No se engañaron sino en uno de ellos. Dumouriez se halló que era un genio oculto bajo el traje de un aventurero.

Distribuidos así los papeles y avisada madama Roland de la próxima elevacion de su marido, los girondinos atacaron al ministerio en la persona de Mr. de Lessart en la sesion del 10 de Marzo. Brissot leyó el acta de acusacion contra el ministro, en la cual, hábil y pérfidamente redactada, se calificaban las apariencias como hechos y las conjeturas como pruebas, cargando sobre el presunto acusado todo el odio y criminalidad de una traicion. El orador propone entónces que se extienda el decreto de acusacion contra el ministro de Negocios extranjeros. Parte de los individuos de la Asamblea callan, y otros aplauden; algunos de ellos piden que la Asamblea tome tiempo para reflexionar, y al ménos afectan la imparcialidad de la justicia. «Daos prisa, — dice Isnard; — quizá huye el traidor mientras vosotros deliberáis.» «Yo he sido juez mucho tiempo, — dice Boulanger, — y jamás he sentenciado á pena capital con tanta precipitacion.» Vergniaud, que ve á la Asamblea indecisa, se lanza dos veces á la tribuna para combatir las excusas y la contemporizacion del lado derecho. Becquet, cuya sangre fria es igual á su valor, trata de dar otro giro al asunto, y pide que el acta de acusacion pase á la comision diplomática. Vergniaud, temiendo que se deje escapar esta ocasion favorable para su partido, vuelve á subir á la tribuna y dice: «No, no se necesitan pruebas para dar un decreto de acusacion, las presunciones bastan. No hay ninguno de nosotros en quien no hayan producido la más viva indignacion la bajeza y la perfidia que se descubren en todos los actos del ministro. ¿No es él quien ha guardado en su cartera por espacio de dos meses el decreto en donde se manda reunir Aviñon á Francia? La sangre derramada en aquella ciudad y los cadáveres mutilados de tantas víctimas, ¿no están pidiendo venganza? Desde esta tribuna estoy viendo el palacio en donde unos consejeros pérfidos engañan al rey que la Constitucion nos da, forjan los yerros con que quieren encadenarnos y urden las tramas que deben entregarnos á la casa de Austria. (*Prolongados aplausos*). Ha llegado el dia de poner término á tan insolente audacia y de acabar de una vez con los conspiradores. El espanto y el terror han salido muchas veces de ese famoso palacio en nombre del

despotismo; que vuelvan hoy á entrar en él en nombre de la ley (*Nuevos aplausos*), que penetren en todos los corazones de los que allí habitan, y que sepan que la Constitucion no promete la inviolabilidad sino al rey, que la ley alcanzará á todos los culpables, y que no habrá una sola cabeza convencida de ser criminal que pueda libertarse de su cuchilla».

Esta alusion á la reina, á quien se acusaba de dirigir el *comité austriaco*, estas palabras amenazadoras dirigidas al rey, resonaron en su gabinete y le forzaron á firmar el nombramiento del ministerio girondino. Era ésta una hábil maniobra de aquel partido, cubierta en la tribuna bajo las apariencias de una indignacion fingida y de una improvisacion que habia sido muy estudiada; era ademas la primera señal dada por los girondinos á los hombres del 20 de Junio y del 10 de Agosto. El acta de acusacion obtuvo el apetecido resultado, y Lessart fué enviado ante el tribunal de Orleans, que lo entregó más tarde á los asesinos de Versalles. Aquel hombre pudo escaparse; pero como su fuga hubiera perjudicado al rey, supo colocarse generosamente entre éste y la muerte, que sufrió sin haber cometido otro delito que ser amante de su rey.

Luis XVI conoció que no habia ya sino un paso entre la abdicacion y él, y que este paso consistia en escoger un ministerio entre sus enemigos y en interesarles en el poder entregándolo en sus manos. Cedió á las circunstancias, abrazó á su ministro, y pidió á los girondinos que le diesen otro. Estos ya habian tratado de ello en sus conciliábulos y habian hecho proposiciones á Roland en Febrero anterior. «La corte — le habian dicho — no está distante de tomar ministros jacobinos: en esto obra por perfidia, y no por afecto al partido. La confianza que deposita en ellos no será sino un lazo que les tienda. Ella quisiera hombres de carácter violento para imputarles los excesos del pueblo y los desórdenes que se cometan en todo el reino; es preciso burlar tan pérfidas esperanzas y darle patriotas en quienes, reunido á la firmeza de carácter, haya un gran fondo de prudencia. Se ha pensado en vos como uno de ellos.»

Roland, cuya presuncion le hacia creer que el dejarle en la oscuridad era desconocer su mérito, se sonrió al ver que el poder se le presentaba sin saber cómo y que iba á vengarse en su ancianidad del desden con que él se figuraba que habia sido mirado hasta entónces. Brissot habia ido á su casa el 21 del mismo mes, y repitiendo á madama Roland las palabras que acabamos de referir, habia exigido de ella que hiciese consentir á su marido en lo que se le habia propuesto. Esta mujer ambiciosa de poder y de gloria deseaba con ardor que su marido tuviese ocasion de brillar, y la que se le ofrecia era demasiado favorable para dejarla escapar. Así es que respondió á Brissot como una persona á quien no sorprendia lo que estaba oyendo por haber adivinado ya que tenia que suceder. «La carga — dijo — es muy pesada, pero las fuerzas de Roland son grandes, y todavía se aumentarán con la confianza de poder ser útil á la libertad y á la patria.»

Hecha esta eleccion, se fijaron los girondinos en Lacoste, comisario y ordenador de marina, burócrata de limitados alcances, pero hombre de bien y de corazon recto, que no figuraba en las facciones por la candidez de su alma. Introducido en el Consejo para que vigilase al rey, su bello carácter hizo que se convirtiese en amigo suyo en vez de ser un espía de sus acciones. Duranton, abogado de Burdeos, fué el destinado para ministro de Justicia. Los girondinos, de quienes era conocido,



se cubrieron con su honradez para que no hubiese dificultad en nombrarle ministro, y contaron con su condescendencia y con la debilidad de su carácter para sacar de él todo el partido que quisiesen. Brissot destinó para ministro de Hacienda á Claviere, economista ginebrino, expulsado de su país, pariente y amigo de aquél, avezado á la intriga y émulo de Necker, adiestrado y engrandecido por Mirabeau con el intento de oponerle como rival á aquel ministro, que le era tan odioso. Por lo demas, este hombre no era ni republicano ni monárquico, y sólo buscaba en la revolucion un papel que le produjese ventajas positivas. En su alma no se abrigaba ningun género de escrúpulo, y se hallaba al nivel de todas las situaciones y á la altura de todos los partidos. Los girondinos, hombres enteramente nuevos en el manejo de los negocios, necesitaban valerse para desempeñar los ministerios de Guerra y de Hacienda de hombres que no fuesen sino unos instrumentos que ellos pudiesen manejar á su antojo. Claviere se hallaba en este caso. En Guerra contaban con Grave, que habia sucedido en el ministerio á Mr. de Narbona, y que tenia relaciones públicas de afinidad con los girondinos. Este hombre, adicto á la Constitucion y al rey, se esforzaba por unir los girondinos al trono, y esperaba conseguirlo y salvar á la vez la Constitucion y el rey, confiado en su amistad con Gensonné, con Vergniaud, con Guadet, con Brissot, y hasta con el mismo Danton. Como jóven, tenia todas las ilusiones propias de aquella edad; como constitucional, obraba con toda la sinceridad de su conviccion; pero débil y enfermizo, era más á propósito para concebir que para ejecutar, y no puede considerársele sino como á uno de aquellos hombres que son útiles en ciertas y determinadas circunstancias, pero que no son capaces de impedir que las cosas pasen más adelante del término que ellos se han propuesto.

El principal ministro entre todos los elegidos, y en cuyas manos iba á verse la suerte de la patria y á reasumirse toda la política de los girondinos, era el que habia reemplazado al desdichado Lessart en el ministerio de Negocios extranjeros. El negocio más urgente para el partido de la Gironda era romper con Europa; necesitaba para esto un hombre que dominase al rey, que burlase las tramas secretas de la corte, que conociese los misterios de los gabinetes europeos y que, dotado de habilidad y resolucion, supiese forzar á un mismo tiempo á nuestros enemigos á declarar la guerra, á los amigos dudosos á que permaneciesen neutrales, y á los partidarios secretos de Francia á que se aliasen con ella. Los girondinos buscaban por todas partes un hombre que reuniese las condiciones apetecidas, y no tardaron en dar con él.

## LIBRO TRECE.

Dumouriez.—Su retrato.—Dificultades de la situacion de Roland.—Dumouriez mediador entre el rey y la nacion.—Consejos que da á la reina.—Preséntase en los Jacobinos.—Pónese el gorro encarnado y abraza á Robespierre.—Escrito del rey á la Asamblea.—El rey acepta el nuevo ministerio.—Armonía aparente en el Consejo.—Reunion de los girondinos en casa de madama Roland.—Carta confidencial de Roland al rey.—Relaciones secretas entre palacio, Vergniaud, Guadet y Gensonné.—Disensiones entre Dumouriez y los girondinos.—Dumouriez trata de unirse á Danton.—Antagonismo de Brissot y de Robespierre.—Discursos de uno y otro.

### I.

Dumouriez era el genio audaz y hábil que buscaban los girondinos, y sin embargo, habia vivido desconocido hasta entónces, sin poder prometerse hacer fortuna á no ser por un capricho de la suerte. Los que le habian buscado con tanto afan creian que su nombre no llegaria jamás á hacerles sombra, y estaban resueltos á deshacerse de él y á tratarle sin compasion, dado caso que saliesen fallidos sus cálculos. Brissot, que era el oráculo diplomático de la Gironda, parecia señalado para desempeñar definitivamente el ministerio de Negocios extranjeros, que se proponia dirigir de antemano, siendo Dumouriez únicamente el ministro ostensible del ramo.

Los girondinos habian dado con él por conducto de Gensonné, colega de Dumouriez en la mision que la Asamblea constituyente habia confiado á los dos, de ir á examinar el estado en que se hallaban los departamentos del Oeste, agitados ya por un presentimiento sordo de la guerra civil y por los primeros disturbios en materia de religion. Estos dos hombres habian tenido motivos de tratarse con intimidad en los meses que habia durado su comision, y de comunicarse mutuamente sus ideas respecto á los sucesos que agitaban los espíritus á la sazón. Este trato tan frecuente habia hecho que se conociesen perfectamente uno á otro. Gensonné, hombre de discernimiento, habia reconocido en su asociado uno de aquellos genios ocultos en la oscuridad por efecto de las circunstancias, pero capaz de brillar en cuanto apareciese en público; tambien habia descubierto en él un temple de alma suficientemente fuerte para dirigir la accion de una revolucion, y asaz elástico para doblarse á todas las dificultades que ofrecen los negocios. En una palabra, Dumouriez habia ejercido sobre Gensonné desde el dia que se conocieron aquel ascendiente y aquel dominio que una superioridad que se esconde no deja jamás de ejercer sobre los espíritus de aquellos á quienes se manifiesta sin rebozo y tal cual es en sí.

Esta seduccion, especie de confidencia del genio, era uno de los rasgos distintivos del carácter de Dumouriez. Con ella conquistó más tarde á los girondinos, al rey, á la reina, al ejército, á los jacobinos, á Danton y hasta al mismo Robespierre.